LA "LUCHA DE CLASES" PASA POR EL PSOE

JOSE AUMENTE

EN un clarificador artículo publicado en esta revista por Fernando López Agudín, "El PSOE ante una encrucijada" (1), se concluye con la siguiente frase: "lo que sería políticamente suicida es no entender que uno de los principales campos de batalla de la dialéctica de clases pasa en estos momentos a través del PSOE". El planteamiento está, a mi modo de ver, perfectamente enfocado. Tanto, que casi inmediatamente adquirió carta de naturaleza, a partir de las declaraciones de Felipe González en Barcelona.

Y es que se quiera o no se quiera ver, la conflictividad de clases está ahí, forma parte de toda la dinámica política de nuestra sociedad, y en el acelerado cambio político que estamos atravesando resulta muy explicable que sea precisamente en el PSOE donde más agudamente se manifieste. Y ello no por azar, sino por la sencilla razón de que el PSOE es el partido clave, el más importante en el futuro político y económico del país, aquel que va a decidir hacia qué tipo de sociedad nos encaminaremos. El PSOE está llamado a ser un partido eje, y según hacia dónde bascule, lo haga hacia la "socialdemocracia" (sociedad capitalista más o menos "reformada") o lo haga hacia el "socialismo de verdad" (una sociedad distinta, regida por otros móviles y estructurada desde otros supuestos), así será el rumbo de nuestro futuro político y económico. Los intereses de clase, los intereses de la clase trabajadora, así como los intereses del capital, se van a enfrentar —están luchando ya— dentro del propio PSOE. Aunque evidentemente la inmensa mayoría de sus militantes no se den cuenta de ello.

Veamos cómo se plantea el tema. El gran dilema que tiene hoy que resolver el PSOE es el de escoger entre el posibilismo que supone constituirse en una "alternativa de Gobierno", o bien decidirse por una pureza revolucionaria que pueda reducirlo a ser indefinidamente —por no decir permanentemente— un partido de oposición. Es decir, ser tan realista, tan atraído por el ejercicio del poder que, a cambio de ello, hacer dejación de toda ilusión "revolucionaria"; o ser tan puro, tan idealista, tan auténticamente deseoso de transformar la sociedad, que sea difícil que hoy por hoy acceda al Gobierno. El dilema lo ha planteado perfectamente Pedro Altares en "El País" (20-V-78), cuando dice que "con el pretexto de la revolución se desdeñan las 'pequeñas' reformas que desde el Estado, y con el apoyo de las masas, los socialistas pueden hacer". Pero lo que no ha indicado Pedro Altares es a "qué tipo de reforma" se refiere y en qué índole de estrategia se inscriben. Porque, ¿acaso no tenemos la experiencia aleccionadora de muchos países de la Europa capitalista con Gobiernos socialistas en el poder, y que sólo han sido —porque quizá no han podido hacer otra cosa— simples "buenos gestores del capitalismo"? La realidad simple y llanamente es que si el capitalismo se ha consolidado en Europa, si ha podido superar momentos de crisis, ello ha sido precisamente gracias a la eficaz actuación de los partidos "socialistas" socialdemócratas, que lo han administrado con singular resultado. Y la prueba de que esto ha sido así lo tenemos en la no disimulada complacencia con que el capital —incluso el norteamericano— ha aceptado la existencia de tales partidos socialistas "domesticados" en el poder. El dilema, pues, insisto, es este: o el PSOE se define como partido propiciador de mejoras, pero dentro del capitalismo, sin ponerlo en cuestión, aceptando una economía de mercado; o bien se define como un partido de transformación socialista, que elabore una estrategia global de cambio para modificar **sustancialmente, estructuralmente,** la sociedad. Aquí radica el nudo de la cuestión.

De aquí que cuando ahora se haya propuesto por Felipe González la renuncia al término **marxista,** tal proyecto suscite tan enorme polvareda. Las palabras no son políticamente asépticas. Las palabras no son inofensivas en el campo de la política. No se trata de simples distinciones semánticas o terminológicas. El recuerdo de Bad Godesberg, el barrio residencial de la capital federal alemana, en donde en noviembre de 1959 el Partido Socialista alemán celebró su Congreso, no puede apartarse de nuestra memoria. Y ello porque no fue un acontecimiento baladí y sin importancia, sino que la renuncia allí al término marxista supuso ni más ni menos que, a cambio de la posibilidad de acceder al poder —a cambio de convertirse en una "alternativa de poder"— aceptar plenamente el sistema capitalista, la economía de mercado, el dominio de las multinacionales, etc., etc. Fue, ni más ni menos, que la renuncia a **transformar** efectivamente la sociedad, para convertirse en sus más fieles servidores. Ya sería para alarmarnos ese alborozado optimismo con que la derecha española ha saludado el anuncio de Felipe González.

La gran incógnita que, por otra parte, todavía no se ha intentado ni siquiera despejar es la de explicar suficientemente en qué consiste esa "alternativa de poder". Por ninguna parte se nos ha dicho cuál es, de qué forma, a través de qué etapas, tienen previsto vaya a producirse una transformación en profundidad de nuestra sociedad, hasta convertirla en socialista. En ningún momento se nos ha explicado, insisto, cuál es su "estrategia global de cambio", si es que poseen alguna; en cambio, su "alternativa de poder" no parece consistir en otra cosa que "gobernar dentro del capitalismo". Y en tanto en cuanto se mantenga esta ambigüedad en su línea política; en tanto no se defina claramente a qué intereses va a defender verdaderamente, es natural y casi obligado, que la "lucha de clases" en nuestro país, hoy por hoy se desarrolle dentro del propio PSOE. El capital y los trabajadores se juegan hoy una importante baza dentro del mismo. ■

(1) Número 798 (13 de mayo de 1978

Aplausos para Willy Brandt, presidente de la I. S., durante el XXVII Congreso del PSOE.